

BIBLID [0213-2370 (1997) 13-2: 121-128]

Este trabajo postula la pertenencia de Ganivet a la generación del 98. El análisis de Idearium español y de la correspondencia de Ganivet con Unamuno los justifica a ambos como referencias obligadas en la comprensión no sólo de la generación del 98 sino, también, de la de Ortega.

According to this paper, Ganivet must be included in the "Generación del 98". The analysis of Idearium español and his correspondence with Unamuno shows both writers as necessary keypoints for the understanding of not only the "Generación del 98" but also that of Ortega.

Este pequeño libro que tengo en las manos no tiene más que 163 páginas. Está impreso en Granada, en 1897; se titula *Idearium español*, y su autor es, según reza la portada, Ángel Ganivet; está firmado y fechado al final: Helsingfors, octubre, 1896. Este libro tan extremoso, tan extremadamente español, está escrito en la ciudad que hoy llamamos Helsinki, entonces conocida por su nombre sueco, la capital del Gran Ducado de Finlandia, incluido en aquellas fechas en la Rusia imperial.

Ángel Ganivet es un escritor fronterizo, y hay que leerlo con sumo cuidado si no se quiere caer en desorientación. Nacido en Granada en 1865, fracasado en su pretensión de ser profesor de griego, vuelto a la carrera consular, este azar profesional lo condena a la soledad, a la vida en el extranjero –Amberes, Helsingfors, Riga–, y probablemente contribuye a su muerte entre las aguas del Dwina el mismo año 1898 en que termina una época de la historia española y empieza la nuestra, la que todavía es “presente”. Ganivet pertenecía, sin duda, a la generación del 98

* Publicado en *Literatura y generaciones* (Madrid, Espasa-Calpe, colección Austral, 1975). Agradecemos el permiso para su reproducción.

—había nacido un año después que Unamuno, un año antes que Valle-Inclán—, pero, como Moisés, se quedó a las puertas de la tierra prometida. La inspiración que llevaba dentro, la de la nueva época, no llegó a florecer en su propia obra.

Por eso Ganivet “preludia” tantos temas del 98, que resonarán después, que hoy escuchamos como en una orquesta. Es paradójico que este hombre saturado de cultura europea —y no de las más próximas tradicionalmente a España, sobre todo la francesa, sino de las nórdicas—, que vive mucho tiempo fuera de su país, sea tan profunda y cerradamente español; pero conviene advertir que esta paradoja se repite muchas veces, y que todavía hoy vemos un precipitado de españolismo obsesivo en muchos hombres que han vivido los últimos treinta años lejos de España, que han hecho sus vidas —más o menos a contrapelo— en tierras extrañas. “España como privación”, este sería un tema incitante. Y si se recuerda que “amar” no se dice así en español, salvo en contados casos y en la lengua escrita; si se piensa que el verbo vivo en la lengua para significar esta realidad es “querer” —el verbo de la voluntad—, y que “querer”, por su parte, viene de *quaerere*, literalmente “buscar”, con un matiz particular de “echar de menos”, empezaremos a comprender acaso los caracteres de este amor voluntarioso a España, hecho de ausencia, nostalgia y obsesión.

También es paradójico que Ganivet llame *Idearium* a su libro, que en el fondo es tan poco ideológico, y encima en latín. Como construcción intelectual, como doctrina o teoría, el *Idearium español* no es demasiado consistente, sus mecanismos de justificación fallan, muestra la arbitrariedad con excesivo impudor. No olvidemos —porque es “fisiognómicamente” relevante— que este libro empieza con un error elemental: la confusión entre la Inmaculada Concepción y la virginidad de María, madre de Cristo. Pero lo interesante es que cuando Unamuno se lo advierte, Ganivet escriba que cuando publicó el *Idearium* ya se lo habían advertido, y a pesar de ello no quiso corregirlo:

Usted me hace notar la confusión dogmática que parece desprenderse de la primera idea de mi libro; antes que usted, me lo dijeron otros ami-

gos, y antes que el libro se imprimiera alguien me aconsejó que la suprimiera, y yo estuve casi tentado de hacerlo, más que por el error que en ella pudiera verse por no dar a algún lector una mala impresión en las primeras líneas. Y, sin embargo, no la suprimí. ¿Por testardez? –se pensará–. No fue sino porque veía en esa idea una idea muy española... El pueblo español ve en ese misterio no sólo el de la concepción ni el de la virginidad, sino el misterio de toda una vida. Hay un dogma escrito inmutable, y otro vivo, creado por el genio popular

(1912, 63-64)

A Ganivet no le importa tanto el error como el dar “una mala impresión” –algo personal–, y a última hora lo que decide es que se trata de una idea “muy española”. La “verdad” teórica está subordinada a una consideración moral y casi de “simpatía”, y esta, a su vez, al hecho de que el autor “palpa” por debajo del error una verdad profunda y quizá injustificable. Creo que ahí reside la actitud más honda de Ganivet.

Desde el punto de vista estrictamente intelectual, el *Idearium español* es un libro insatisfactorio e insuficiente. Pero a la vez es profundamente atractivo, y sentimos que Ganivet, confusamente, de una manera oscura y vacilante, “pone el dedo en la llaga” y ve o palpa cosas muy verdaderas. Su lema podría ser el dicho español “yo me entiendo y bailo solo”, que no es –apenas es necesario decirlo– el lema de la filosofía, sobre todo si esta es, como una vez me he atrevido a definirla, “la visión responsable”.

Ganivet tenía una experiencia muy fuerte y directa de la vida humana, reducida a formas elementales, y de ciertos aspectos de la vida española de su tiempo. Por eso lo mejor de su obra es probablemente, la novela inacabada *Los trabajos de Pío Cid*, donde se presenta con singular eficacia la vida en las casas de huéspedes de Madrid a fines del siglo pasado, o los manejos electorales durante la Restauración, o los estímulos reales de la vida en los pueblos granadinos. Hay en todo ello una inmediatez que

de vez en cuando irrumpe en el *Idearium español*, como cuando Ganivet nos cuenta la historia de Agatón Tinoco, o recuerda la actitud del español que ha de ser testigo en un juicio y quiere conocer las consecuencias de su declaración para no “ir a ciegas”. Yo diría que Ganivet rara vez “tiene razón”, pero que con frecuencia está viendo cosas importantes, de las cuales *habría que dar razón*. Y esto es precisamente lo que tendrá que hacer, después de su muerte, la *teoría*, que vuelve a existir creadoramente en España precisamente entonces, por primera vez desde el siglo XVII.

Creo que no se ha reparado en que la correspondencia sobre *El porvenir de España*, cruzada entre Unamuno y Ganivet en el diario *El Defensor de Granada*, de 1896 a 1898, anticipa en alguna medida la cuestión debatida tan polémicamente en nuestros días —en forma extrema por Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz—, acerca de la función de lo árabe en la realidad de la historia española. Vale la pena recordar algunas cosas que uno y otro dijeron hace setenta años.

Un pueblo nuevo —escribía Unamuno— tenemos que hacernos sacándolo de nuestro propio fondo, Robinsones del espíritu, y ese pueblo hemos de irlo a buscar a nuestra roca viva con el fondo popular que con tanto ahínco explora D. Joaquín Costa, investigador, a la vez que del derecho consuetudinario, de la antigüedad ibérica. No creo un absurdo aquello de la instauración de las costumbres celtibéricas, anteriores a los tiempos de la dominación romana, en que soñaba Pérez Pujol, pero lo que creo más vital es la completa despaganización de España. De los árabes no quiero decir nada, les profeso una profunda antipatía, apenas creo en eso que llaman civilización arábiga, y considero su paso por España como la mayor calamidad que hemos padecido

(1912, 43-44)

A esto respondía Ganivet marcando su disconformidad, a pesar de estar, desde otro punto de vista, casi de acuerdo, y expli-

caba su discrepancia por la respectiva condición de vasco y granadino de los dos interlocutores; se entiende, por la condición histórica de vasco y granadino, no por una consideración “étnica”. Sus palabras son estas:

Lo que más me gusta en sus cartas es que me traen recuerdos e ideas de un buen amigo como usted, con quien me hallo casi de acuerdo, sin que ninguno de los dos hayamos pretendido estar acordes. Lo estamos por casualidad, que es cuanto se puede apetecer, y lo estamos aunque sentimos de modo muy diferente. Usted habla de “despaganizar” a España, de libertarla del “pagano moralismo senequista”, y yo soy entusiasta admirador de Séneca; usted profesa antipatía a los árabes, y yo les tengo mucho afecto, sin poderlo remediar. Conste, sin embargo, que mi afecto terminará el día que mis antiguos paisanos acepten el sistema parlamentario y se dediquen a montar en bicicleta.

Usted, amigo Unamuno, descende en línea recta de aquellos esforzados y tenaces vascones, que jamás quisieron sufrir ancas de nadie; que lucharon contra los romanos, y sólo se sometieron a ellos por fórmula; que no vieron hollado su suelo por la planta de los árabes; que están todavía con el fusil al hombro para defenderse de las libertades modernas, que ellos toman por cosa de farándula. Así se han conservado puros, aferrados al espíritu radical de la nación. Por esto habla usted de la instauración de las costumbres celtibéricas, y cree que el mejor camino para formar un pueblo nuevo es el que Pérez Pujol y Costa han abierto con sus investigaciones. Yo, en cambio, he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fue moro, romano y fenicio. Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano, y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aun crímenes que los invasores cometieron en nuestro territorio. Si usted suprime a los romanos y a los árabes, no queda de mí quizá más que las piernas; me mata usted sin querer, amigo Unamuno.

Pero lo importante es que usted, aunque sea a regañadientes, reconozca la realidad de las influencias que han obrado sobre el espíritu originario

de España; porque hay quien lleva su exclusivismo hasta a negarlas; quien cree ya extirpadas las raíces del paganismo y quien afirma que los árabes pasaron sin dejar huella; sueñan que somos una nación cristiana, cuando el cristianismo en España, como en Europa, no ha llegado todavía a moderar ni el régimen de fuerza en que vivimos, heredad de Roma, ni el espíritu caballeresco que se formó durante la Edad Media, en las luchas por la religión. La influencia mayor que sufrió España, después de la predicación del cristianismo, fue la árabe. Convirtiendo nuestro suelo en escenario, donde diariamente se representó, siglo tras siglo, la tragedia de la Reconquista, los espectadores hubieron de habituarse a la idea de que el mundo era el campo de un torneo, abierto a cuantos quisieran probar la fuerza de su brazo. (51-54)

Y a este punto de vista Unamuno enfrenta de nuevo el suyo, distinto y complementario; y lo explica a su vez por la configuración de sus trayectorias biográficas:

Usted ha rodado por tierras extrañas, puestos siempre su corazón y su vista en España, y yo, viviendo en ella, me orienté constantemente al extranjero, y de sus obras nutro sobre todo mi espíritu. Son dos modos de servir a la patria, diversos y concurrentes. (96)

Pero lo decisivo es que Unamuno formula aquí su interpretación "intrahistórica" de la historia, subraya el papel de sustrato primitivo de las sociedades, y expresa su convicción de que se ha exagerado enormemente la función de las invasiones, fenómenos relativamente superficiales, que dejan casi intacta la sustancia profunda de un pueblo:

Siempre he creído que la Historia, que da razón de los cuatro que gritan y nada dice de los cuarenta mil que callan, ha hecho el papel de enorme lente de aumento en lo que se refiere al cruce de raza en el suelo español. Las crónicas nos hablan de la invasión de los iberos, de los celtas, de los fenicios, de los romanos, de los godos, de los árabes, etc., y esto nos hace creer que se ha formado aquí una mezcla de pueblos diversos, cuando estoy convencido de que todos esos elementos adve-

nedizos representan junto al fondo primitivo, prehistórico, una proporción mucho menor de lo que nos figuramos, débiles capas de aluvión sobre densa roca viva.

Muy poco, creo, han afectado a las bases de la vida popular española las diversas irrupciones que la historia nos cuenta ocurridas en su superficie. ¿Cuántos eran los fenicios que llegaron, con relación a los que aquí vivían? ¿Cuántos los romanos, los árabes, y hasta qué punto penetraron en lo íntimo de la raza? Yo creo que pasaron poco de la superficie, muy poco, y que en cuanto pasaron algo, fueron absorbidos...

Todo esto sirve para indicar nada más mi idea de que el fondo de la población española ha permanecido mucho más puro de lo que se cree, engañándose por la falaz perspectiva histórica, creencia que parecen confirmar las investigaciones antropológicas.

Celtas, fenicios, romanos, godos, los mismos árabes, de que parece usted tan prendado, fueron poco más que oleadas, tempestuosas si se quiere, pero oleadas al fin, que influyeron muy poco en la base subhistórica, en el pueblo que calla, ora, trabaja y muere. Luego, por ley, larga de explicar aquí, sucede que al mezclarse pueblos diversos en proporciones distintas, el más numeroso prepondera en lo fisiológico y radical, más que lo que su proporción representa.

Creo, asimismo, que las diferencias étnicas, interiores que en España se observan –gallegos, vascos, catalanes, castellanos, etc.–, arrancan de diversidades prehistóricas. (97-102)

Estas son las dos posiciones anteriores a 1898 en que se enfrentan fraternalmente los dos hombres de más vocación teórica de la generación. Es evidente el paralelismo –inexacto, como todo lo real, y sobre todo lo humano– con las más recientes discusiones acerca de la realidad de España. Es clara también la limitación con que estas doctrinas se mueven cuando se trata de la justificación de sus contenidos, el abandono a la intuición, la conjetura, la inspiración, hasta la corazonada. La iluminación repentina de un

dato numérico, una cita feliz, una “simpatía” o “antipatía”, una afinidad de tonalidad psíquica, la enumeración de la serie de dominadores. ¿Se puede equiparar una denominación “étnica” o religiosa a otra, como si fuesen magnitudes comparables, cuando acaso una fracción decuplica o centuplica a otra? ¿Basta, por el contrario, una valoración cuantitativa para descartar o reducir a un mínimo las influencias minoritarias, sean cualesquiera? En mi libro *La estructura social*, intenté ya en 1955 plantear el problema de la realidad histórica de una sociedad, de la estructura social del sujeto de una historia, y a cuanto allí dije remito al lector curioso de medir las dificultades teóricas de este esclarecimiento.

No podía esperarse de Ganivet –ni siquiera de Unamuno– un planteamiento riguroso de la cuestión. Pero me parece que sin llamar la atención sobre este tema, no puede comprenderse la significación del *Idearium español*, así como sin una idea clara de la obra de Ganivet y de su diálogo con Unamuno no puede entenderse lo que ha significado la generación del 98 entera y, sobre todo, la siguiente, la de Ortega, en la cual acontece en España lo que podríamos llamar el *renacimiento de la teoría*, la nueva aparición de lo que merece llamarse pensamiento teórico. A la hora en que este atraviesa una profunda crisis en todo el mundo, en que es sustituido por tantas otras cosas que no pueden suplir su ausencia, interesa señalar el ambiente en que surgió en España, las dificultades con que tuvo que luchar, y que no son sustancialmente distintas de aquellas con las cuales tiene que seguir luchando, esforzándose hacia la luz.

OBRAS CITADAS

Ganivet, Ángel, *Idearium español*, Granada, 1897.

Unamuno, Miguel de, *El porvenir de España*, Madrid, 1912.